

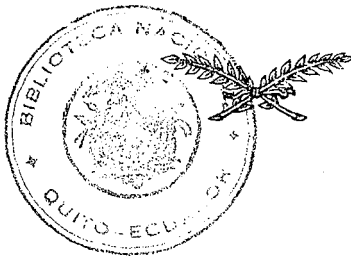


E-810-ESPI.

Roberto Espinosa

26

El clasicismo y el romanticismo  
Y LA NOVELA  
EN LAS ESCUELAS MODERNAS LITERARIAS.



CUENCA

Imp. de "La Unión Literaria."

1911



Roberto Espinosa



# El clasicismo y el romanticismo

Y LA NOVELA

EN LAS ESCUELAS MODERNAS LITERARIAS.



CUENCA

Imp. de "La Unión Literaria."

1911



## EL CLASICISMO Y EL ROMANTICISMO,

Y LA NOVELA EN LAS ESCUELAS MODERNAS LITERARIAS (1)

### I

Si la idea de progreso no nos sugiriese ótra que no fuera de movimiento, de cambio, de sucesión, bien pudiera encontrarse en todas partes; ya en las actuaciones de análisis del espíritu, ya también en la labor intelectual de mera observación. Ley universal es la del progreso, ley inmanente, aunque obscura, pero infalible y necesaria. En nuestro entender, *progreso* ha de significar adelanto, tendencia á la perfección, siquiera relativa, en el vasto campo de las especulaciones humanas. Así, el verdadero progreso ha de tener por fin la perfectibilidad del hombre, que se traduce por el respeto á sus derechos innatos, á su libertad, á su acción, en suma, al imperio de la justicia. Mas, cuánto se adultera la significación de la palabra, y cómo se ha llegado á llamar progreso al desorden, al retroceso, hasta á la tiranía!... Únicamente obedeciendo á la ley del verdadero progreso, puede el Arte crecer gallardo y levantarse magestuoso y viril.

Epoca excepcional es la nuestra. Las ciencias y las artes han progresado de sorprendente manera; horizontes ilimitados preséntanse á la idea. Ricos tesoros, en antes no conocidos —ni siquiera sospechados— se ofrecen á la especulación del sabio. Dueños de la electricidad, del va-

---

(1) Nuestro inolvidable Miguel Moreno concibió la buena idea de que se escribiese un libro, que contuviera en sus páginas úno como torneo literario, y en donde se viesen, ya en prosa, ya en verso, las producciones de algunos literatos nacionales, sobre varios puntos de Arte, aplicados á las antiguas y nuevas escuelas literarias. A algunos de sus amigos más allegados —como al que estas líneas escribe— les señaló el argumento para la disertación. El mío —como se ve— es tan vasto, que bien puede llevar un grueso volumen. Mas, como el tiempo que se me concedió fué estrecho y, además, careciendo de obras de consulta, no he podido abundar en doctrina, ni darle mayor extensión al opúsculo que va á leerse.

por y de las fuerzas que de ellos se derivan; se ensanchan los espacios en que actúa la actividad del hombre, y se vive ahora, en un año, lo que en antes en cinco. Justo es que á esta grande, benéfica revolución la llamemos *progreso*.

Pero son tiempos de renovación radical los presentes, en toda la esfera de la actividad humana. La pugna de creencias, de opiniones y de principios, ya en la Gobernación, ya en el campo de la filosofía, ya también en los dominios de la Literatura; las tempestades que amagan los órdenes moral y político; la ausencia de Dios en donde quiera; la libertad intelectual llevada al abuso y á la licencia, son antecedentes que marcan los funestos derroteros que sigue, y acaso ha de seguir indefinidamente, la Literatura, en éste, que comienza, siglo XX: que élla ha de ser siempre la expresión de la vida social, política y moral de un pueblo. Pero —óigase— la libertad humana, caminando únicamente bajo la ley de la Providencia, ha de realizar el verdadero progreso.

\*  
\* \*

Las literaturas de todos los tiempos —á contar desde la remota antigüedad— han tenido influencia manifiesta unas sobre otras, ora en las ideas, ora en la manera de expresarlas. Así, hartó difícil sería precisar lo que cada cual tenga de propio, de original. Para comprobar esta afirmación, bastará conocer las antiguas literaturas griega y romana, y anotar sus semejanzas. Y viniendo á siglos posteriores, tanto en España y Francia, como en otras naciones europeas, se ve la influencia ejercida por los poetas y escritores griegos y romanos.

Bien así como en la constitución del hombre existen y entran dos elementos que lo forman: espíritu y materia, y que se hallan en abierta oposición; del propio modo, en la esfera del arte literario actúan dos principios antagónicos que pugnan y no se avienen. De aquí las dos escuelas literarias que siempre han existido: la que tiende á la realidad material —que constituye la escuela *realista*— y la que se informa y existe en las encumbradas regiones del espíritu, en la pura idealidad, y es la denominada

*espiritualista*. Posteriormente aparecieron, la *clásica*, y la *romántica*, opuesta del todo á la primera, que data, quizá, desde la época de la antigua cultura griega. Bien podemos á la segunda darle cuna á los comienzos de la Edad Media (1).

La literatura europea de épocas pasadas, no se formó, en sus principios, con el estudio de las obras de la clásica antigüedad; mas, corridos los años, estudiáronse éstas, se comentaron y siguiéronse sus tendencias. Así del clasicismo quedó informado. Sencillez y sobriedad, alteza en las concepciones y dicción correcta y vigorosa, fueron los caracteres que han distinguido á esta escuela. La fuente principal de sus inspiraciones, fué la naturaleza, y sus poetas la copiaban sobriamente, sin los postizos atavíos que, después, el capricho y la extravagancia empujaron en desfigurarla. Aunque el pueblo griego fué, en religión, fatalista y, en punto á filosofía, materialista, estuvo siempre animado de profundo amor á lo bello. Las producciones literarias que de aquella gran nación nos han llegado—señaladamente en los géneros lírico y dramático—atestiguan su carácter independiente y levantado.

Vino luego la invasión de los pueblos septentrionales, que sojuzgó á la nación romana sumida ya en el vicio y la pereza. Con el trato frecuente de vencedores y vencidos, como que se amalgamaron las costumbres de unos y otros, hasta llegar á formar una sola raza. Más tarde, el Cristianismo, obró eficazmente en esta transformación, y de ahí surgió la Caballería, cuyo lema fué *Dios y el amor*. La Edad Media—producto de esta nueva civilización—tenía por símbolo y divisa esta frase: *por mi Dios y por mi dama*; tema infinito y halagüeño para sus poetas románticos, con el cual engolfábanse en espacios inconmensurables, de suave melancolía bañados. Sería de

(1) Ciertos autores afirmaron, que el verdadero romanticismo, en España, data sólo desde el siglo XVI, y que Calderón fué el padre de esta escuela. Otros combaten tal afirmación, y dicen, que únicamente para darle al romanticismo abolengo distinguido y filiacón literaria, se quiere calificar de romántico á aquel genio portentoso, que el romanticismo se mostró y extendió en España, allá por el año de 1830.



verse á aquellos amartelados caballeros, de rodillas, delante de la señora de sus pensamientos -con más fervor quizá que el que ahora se tiene delante de la imagen de una santa- tomándolas respetuosamente de las manos y rindiéndoles pleito homenaje.

Las lenguas modernas iban adquiriendo forma y se establecían sus reglas; pero la vulgar -la lengua del pueblo- manteníase intacta, y de aquí las dos literaturas de que vamos hablando. La lengua sabia se estudiaba y usaba por la gente dada á la ciencia, y en los claustros, en tanto que la vulgar, sencilla y espontánea, era patrimonio exclusivo del pueblo. De ésta proceden las *canciones populares* que, de siglos atrás, han venido conservándose hasta los días que corren. Ahí están -como muestra- la rica lengua provenzal y sus trovadores.

A los fines del siglo XVIII y principios del siguiente, vino una reacción absoluta é implacable contra la escuela clásica, fiel observadora de las reglas de disciplina y corrección. El romanticismo proclamando la libertad en el arte, asomó, primeramente en Alemania, y después, cundió en Francia y España. Por entonces publicó el escritor alemán -Carlos Mayer- un libro lleno de entusiasmo, en elogio de la que se creía fuese nueva escuela, y que á la sazón ya contaba con muchos adeptos. Mayer afirma, que el romanticismo proviene del cristianismo y del amor; que el primero trasporta al hombre á las regiones del infinito, y que el segundo le lleva, con ímpetu, á la mujer, en la cual halla su paraíso. En esta afirmación coloca el fogoso escritor alemán el término de sus esperanzas, de sus anhelos. Apellida *romántica* á la naturaleza y, con la candoridad alemana, nos declara que los tipos más acabados del romanticismo son las flores, el nacimiento y la puesta del sol, el rocío, las nubes, la luna, las montañas, los abismos, torrentes, *etcétera*. Agrega luego, que aquella escuela no proviene únicamente de las creaciones fantásticas de la Edad Media, sino que, de suyo, es la poesía eterna que representa en imágenes cuanto la palabra no es poderosa á traducir; el arco iris esplendoroso y el puente por el que, después de Edda, bajan los dioses á la tierra para llevar consigo á los elegidos.

Estas y otras lindezas nos dice Mayer, y es justo que haya quienes conceptúen hermoso y poético lo que afirma. Así, y todo, sabremos decirles, que aquella poesía de soñadas nostalgias, vaga, nebulosa y enfermizamente señaladamente en los países del Norte de Europa--nunca produjo una obra de grande excelencia. Los poetas románticos de entonces desgastaban su vida, entregados á fantasías extravagantes, traducidas en cuentos, dramas y leyendas, en veces, horripilantes. No hallando el ideal que se forjaban, caían en abatimiento; nada agradable tenía para ellos la vida, y acababan por el suicidio ó la locura. Citemos, como comprobación, nombres de poetas conocidos--Schulze, se suicidó joven; Novalis--á quien llama un crítico--*hombre divino*, y para quien el mundo no era sino un gran poema, murió tísico, á los veintinueve años de edad; Kleist--poeta y crítico distinguido-- se degolló en un café de Postdam; Sonnenberg y Hederlin, enloquecieron... Podríamos extender la lista de los poetas víctimas del romanticismo exagerado, á los comienzos del último siglo; pero á ello sería harto prolijo.

Dijimos que por entonces se importó á Francia el romanticismo, y sus principales corifeos fueron Chateaubriand y Mme. Stael, B. de Saint Pierre y Benjamín Constant; posteriormente, Lamartine, A. de Musset y Víctor Hugo. Este, en sus primeros años de poeta, siguió--como han seguido todos los del numeroso gremio-- la fácil disciplinaria imitación, que es como una necesidad en el aprendiz, úno como asidero, á la vez que mandato del dómine, aunque ocasionado á apropiarse de lo ajeno, quizá inocentemente, honradamente. Los modelos de aquel gran poeta fueron Chateaubriand y Shakespeare Sainte-Beuve y Chénier, Virgilio y Horacio. Mas, luego, penetrado de su genio, y con soberana altivez, se dijo:-- Comprendo que mis maestros han procedido de éste ó de aquel modo; pero yo, siguiendo nuevos, luminosos derroteros, que ya columbro, los superaré-. Y á fe que lo alcanzó, y su obra literaria es la mayor y más excelente de cuantas ha producido Francia en el siglo

XIX [1]. Con verdad, dice Rubén Darío —harto conocedor la literatura francesa:— “¿Qué porta-lira de nuestro siglo no descende de Hugo? No ha demostrado triunfalmente Catulle Mendès —este hermano menor de Leconte de Lisle— que hasta el árbol genealógico de los Rougon Macquart ha nacido al amor del roble enorme del más grande de los poetas? Los parnasianos proceden de los románticos, como de los parnasianos los desdichados decadentes.” —Y Tolstoi, hablando de éstos, se expresa así:—“No sólo la afectación, la confusión, la obscuridad han sido llevadas por los decadentes á la categoría de cualidades, sino que lo incorrecto, lo indefinido, lo no elocuente, están á punto de sentar plaza de virtudes artísticas (2).”

Muy luego privó en España la nueva escuela romántica, y la cultivaron con ardoroso entusiasmo Larra, el Duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla y otros más; pero ninguno lo extremó tanto, como el poeta último nombrado, en su *Don Juan Tenorio*. El mismo autor dijo, en cierta ocasión, á sus amigos de Méjico —refiriéndose á su *Don Juan*— lo siguiente: —“El adefesio dramático que he escrito, es el que me ha reportado mayor cantidad de pesetas”—. Moratín, quejábese, desde Francia, del daño que *los modernos escritores* españoles causaban á la literatura. —Estos —decía con enfado— han corrompido el gusto, el idioma y la frase poética; el que los siga, se confunde y se pierde.”

\*  
\*  
\*

Del análisis y observación de aquellas dos antiguas escuelas, la clásica y la romántica, han surgido en estos tiempos varias sectas literarias con denominaciones, si no absurdas, extravagantes, y que no tienen filiación propia, ni orientación conocida. Tales son la *parnasiana* y *decadente*, la *simbolista* y, por último, la *modernista*, en

[1] Autor hay—M. Ednard Huguet —y admírese su paciencia— que llena todo un libro en contar minuciosamente y analizar las metáforas que ha consignado Victor Hugo en sus obras. Trabajo estéril, nos parece, y paciencia, en verdad, nada envidiable, aunque manifiesta la admiración y cariño por el Maestro.

[2] *¿Qué es el Arte?*—Traducción de A. Riera—Barcelona.

la cual como que se congregan y se funden las que dejamos nombradas. Así, hablando de ésta comprendemos á las demás.

Pero la diferencia entre aquellas dos escuelas, no está tanto en la forma cuanto en el fondo. Taine, Nisard y Brunetiére hacen consistir el origen del romanticismo —en Francia, señaladamente— *en una revolución de la lengua*; pero Saint-Beuve combate tal afirmación, y elogia la liberal tendencia de aquél. Pero, una revolución en la lengua, en su prosodia, sobre todo, ¿será causa ó efecto de la revolución en la manera de pensar ó de sentir?

En nuestro entender, ha de llamarse autor clásico al que siempre hace bien lo que se propone hacer: como quiera que han de acompañarle saber, acertada dirección, propiedad del lenguaje y buen gusto; y ha de tenerse á aquél por modelo digno de imitación, y cuyas opiniones—en achaque de arte—han de ser decisivas. Si canonizamos á un escritor con el título de *clásico*, elevámosle, por este solo hecho, muy por encima de muchos escritores. Hay obras monumentales de autores á quienes el sufragio universal haes dado aquel calificativo. A esta categoría pertenecen, en Francia, la *Historia de Carlos XII y el Siglo de Luis XIV*, escritas por Voltaire, genio poderoso y fecundo, encarnación de las tendencias agresivas y escépticas de su siglo; hombre singular, lleno de contradicciones y defectos, pero que, así y todo, dejó á su Patria—en las obras que hemos nombrado—los mayores monumentos literarios que posee. (1)

En el sentido en que vamos hablando—refiriéndonos á España—y razonando á derechas, llamamos poetas y prosadores clásicos, á Herrera y á Quevedo, á Fray Luis de León y el de Granada, á Solís y á otros más. Entre los de época posterior, han de nombrarse, en primer lugar, á Moratín—el restaurador de las letras castellanas—á Jovellanos, Quintana, Donoso Cortés y á Lista, enemigos declarados del romanticismo, que ya se importaba de Francia. En posteriores tiempos, hay que agregar, en

(1) *Jamais homme ne fut mieux fait que Voltaire pour dominer son siècle* dice el erudito Federico Lotté.

justicia, á la falange nombrada, á Menéndez y Pelayo, Tamayo y Baus, y al mayor de los líricos modernos, Núñez de Arce. Otros poetas y escritores renombrados, como Ventura de la Vega, el Duque de Rivas y Larra, fueron clásicos, y acabaron por románticos. Acontece que un escritor clásico se torne romántico, pero, hasta la hora presente, no se ha visto que un romántico se convierta en clásico. Hay que confesar, que la forma clásica, por la alteza de ideas, el aticismo y corte de la frase, y por otras excelencias, es la que se acerca más á la perfección del Arte.

\*  
\* \*

A fines del siglo XVII reinaba, en Francia el *preciosismo*, secta literaria creada y extendida por Marivaux; pero las invectivas y burlas de Molière, bien pronto lo aniquilaron. Los de aquella secta, distinguida y poderosa, reuníanse en el célebre cenáculo de la Marquesa de Rambouillet— Catalina de Vivonne—. Ahí, en medio de disertaciones, en lenguaje pulido y amenerado, iba la galantería extremada y enfadosa. Los poetas ocupábanse en asuntos frívolos para adular á las damas de la reunión. El *feminismo*— que huelga hoy en día— existió, influyente, en aquella gran Corte del reinado de Luis XIV. La junta del palacio de aquella Marquesa, imponíase en los más aristocráticos salones y tenían gran influencia en las regiones del Poder, por lo que afirma un escritor, que Mme. de Prou tuvo poder bastante para hacer nombrar una reina de Francia, y Mme. de Tencin para hacer nombrar cardenales y embajadores á su antojo.

En España, por entonces, andaba el gusto estragado. Aplaudíanse muy más los disparatados dramas y comedias de Comella, que no los de Lope de Vega, á quien —diciendo lo menos— se le calificaba de *extravagante*. En esos malhadados tiempos para la literatura de casi toda Europa, como que se desafiaban los poetas— especialmente entre los españoles é italianos— para ver cuál acumulaba, en un solo verso, mayores despropósitos, lo inesperado, y hasta lo absurdo. De aquí el *concetti* italiano, de la escuela de los *pensieri*, y las agudezas del cultera-

nismo español: mezcla informe del *marinismo* y del *gongorismo* (1); el *preciosismo*, en Francia, y el *manerismo* pedantesco, en Alemania; escuelas que habían ajustado alianza ofensiva contra el buen sentido.

Claro se ve que lo que disinguió á la literatura italiana de aquel tiempo era el alambicamiento de la frase, bien así como á la española el abuso de la hipérbole y del retruécano.—“ Toda la cultura europea— dice un notable historiador y crítico contemporáneo— sufrió casi al mismo tiempo esta marca del mal gusto, aceptado como el fin de fines y como la suprema elegancia ” (2) Por entonces— año de 1635— fundó Richelieu la Academia francesa, y esta sabia Corporación se propuso desterrar los vicios literarios y establecer reglas fijas á la lengua (3).

Un siglo después—1783—apareció en Francia un libro admirable por todo concepto: *Manon Lescaut*, es su título y su autor el abate A. Prebost, sacerdote más libertino y amigo del mundo y del dinero, que no del claustro. Aquel libro ha sido y es el que más se lee en Francia, y el severo Brunetiére lo califica de *obra maestra, como hay pocas*. Nos dice el mismo autor, que B. de Saint Pierre, Bulwer, Chateaubriand y B. Constant, imitaron á Prebost en su célebre *Manon Lescaut*. Al primero señalóle, como con el dedo—*indiqué du doigt*—el cuadro de

[1] El célebre Juan Bautista Marini napolitano— fué quien importó á España, y luego á Francia, el culteranismo de su Patria. A su ingenio ó ilustración, juntaba noble y gallarda presencia, modales cultísimos, y palabra galante y escogida. Fué honrado y distinguido por Luis XIII, por María de Médicis y el príncipe de Condé. Las más encopetadas damas de la Corte, tenían á mucha honra que el napolitano frecuentara sus salones. Era el dios de la alta sociedad parisiense, y Lope de Vega no tuvo reparo en afirmar que “ el Tasso no habia sido sino la aurora del sol de Marini. ” Este, cuando joven, llevó vida aventurera y agitada; mezcla de trovador y cortesano, *fértil en sonetos, rica en cuchilladas y ocasionada á las más extraña peripecias*— dice un autor.

(2) *Toute la culture européenne subit presque á la même heure cette empreinte du mauvais goût accepté comme le fin du fin de la supréme elegance.*—Federico Lolíe.—*Histoire des littératures comparées des origines au XX siècle.*

(3) Notemos que un siglo después, bajo el reinado de Felipe V, y á petición del Marqués de Villena, fundóse la Real Academia Española de la lengua, que tiene su Correspondiente en el Ecuador.

su *Ibanhoé*; al segundo le proporcionó el medio ambiente de su *Dernier de Barons*; Chateaubriand le imitó en su *Atala* sobre todo en la descripción de los funerales de *Manon*, en el desierto—pero; ni con mucho le igualó; finalmente, B. Constant, en su *Adolphe*, tuvo presente algunos pasajes del singular libro del Abate, quien dejó publicados é inéditos, nada menos que 150 volúmenes, lo que causa talento soberano y suma facilidad para escribir. El crítico alemán Grimm, dice. —“ Grande fué el genio del Abate Piebost, pero le perjudicó sobremanera su conducta desarreglada. Escribía sin descanso para procurarse dinero” —. Murió trágicamente en 1763.

\*  
\* \*

Trasladémonos á España, allá al promediar el siglo XVII, cuando Góngora y sus tenientes Montalván, Frago, Ledesma y otros guiaban la falange culterana. Pero antes conviene hacer constar que Góngora— poeta de inspiración y de algún genio— no fué culterano á los comienzos de su carrera poética. Comprendió que le era preciso— para alcanzar la celebridad que ya disfrutaba Gracián— acomodarse al estragado gusto de la época. Así, Góngora y los suyos extremaron á más poder lenguaje y estilo nuevos, con metáforas absurdas, retrúecanos, latinismos, neologismos y violentas inversiones que nadie era capaz de entender. Aquello fué el anarquismo, la Babel de la lengua.

Veamos algunas muestras que nos sacarán verídicos en lo que acabamos de afirmar.

Hay un riachuelo humilde y pobrísimo de aguas que cruza parte de la *Coronada Villa* de España; es tan menesteroso de agua como nuestro Machángara de la capital—del que dijo donosamente un querido poeta de acá, *que se moría de sed*.—Sobre el Manzanares— que así se llama el cuas río de Madrid— hizo construir Felipe II un soberbio puente. Acertó á pasar por ahí un viajero— andaluz acaso— y contemplando aquella maravilla de arte, exclamó:— *A fe, que hay que vender puente y comprar agua* ; Podrá creerse que Góngora cantó á aquel arroyo, con ínfulas de río, apellidándolo *duque de los arroyos*

y visconde de los ríos? Para quién dudase, allá vá el comienzo de la oda, ó de lo que sea:

“ Manzanares, Manzanares,  
Vos que todo el *aguatismo*,  
Duque sois de los arroyos  
Y visconde de los ríos, ” etcétera.

Vayan muestras del culteranismo de entonces, que hace *pendant* con el que usin en el día los modernitas.

*Sacro, asombro animado, epitome de Dios ...* A quién juzgáis que comprenden estos calificativos de un escritor del siglo XVII? Pues, nada ménos que á la Virgen María.

La cúpula de una catedral es *prosopopeya* y el templo, *sinécdoque del arte*, y también *citacresis marmóreo de la gloria*. A una niña cantando se la llama *lira de mar viva*, *viviente*, y *lástimas sonoras* á los arrullos de la tortola. Los brazos de Venus son *pampanos de cristal*.

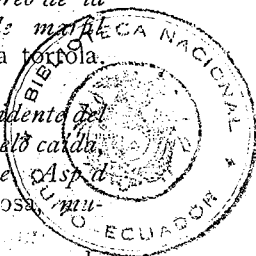
El sol no es sol, ni cosa parecida: es el *presidente del día*. La nieve ha de ser, *hermosa candidez del cielo cálido*, y las nubes, *las candidas holandas del ambiente*. *Asp. d. de acero* es el puñal; los labios de mujer hermosos, *rosos de coral viviente*...

Tan alambicada y estrafalaria jerigonza, nos recuerda el *crachat* de Víctor Hugo que, por más que los franceses lo tengan como metáfora nueva y atrevida, es una asquerosidad.

Veamos ahora el lenguaje que usa el *modernismo*, y tendremos luego que confesar, que éste no es más que el culteranismo resucitado. No, sino, dígasenos, ¿qué otra cosa es aquello de llamar al jasmín *romanza de nariz* y *anapola sonora* al gallo? El cuervo es *un cementerio alado*, y *pecado lactante*, un hijo natural. Unos labios rojos son, ya no *muros de coral viviente* como arriba dijimos—sino *púrpuras quiméricas*, &c.

Fué manía de los culteranos— como es de los modernistas de hoy en día— poner largos, larguísimos epígrafes en libros, y aun en escritos cortos. Como prueba, tomemos unos pocos del arsenal copioso que existe.

Don Francisco de la Torre, caballero de cien ór-





donde caballerescas, poeta, teólogo y otras cosas más, publica un libro que lo pone bajo la protección del Marqués de Astorga— usanza en aquellos tiempos para darle importancia á la obra.—El título de dicho libro es: *Luces de la aurora, días del sol, en fiestas de la que es sol de los días y aurora de las luces, María Santísima, motivadas por . . .* y siguen doce largos renglones de dedicatoria, explicaciones y adefesios que sería ocioso transcribir.

El licenciado D. Miguel Casbas y Aynsa, publica otro libro dedicado á la Majestad de Cristo, á María Santísima y á todos los santos de la gloria, cuyo título peregrino es éste: *Colirio del Zelador Eucharístico*, y siguen diez líneas explicativas de cuánto contiene el original libro. Menester sería un elucidario que nos enseñase á entender lo que reza aquel gerundiano libro.

Por aquellos tiempos, un respetable sacerdote saca á luz un libro con este curioso título:—*Alfalfa divina para los borregos de Jesucristo*,— y otro licenciado— D. Domingo Serrano— publica un centón, dedicado á San José, al *hombre justo*—dice— *sin más Panegírico fulgente, ni otra Dedicatoria curruiscante*, y lleva por mote:— *El Genitivo de la sicria de los temores, contra el Acusativo de el Valle de las Roncas*; y siguen nada menos que veintiocho renglones de explicaciones; *etcétera*, y todo con las obligadas dos licencias, la Real y la Eclesiástica.

Finalmente, un D. Francisco José Artiga escribió el singular libro que intitula:—“Epítome de la elocuencia española, ó arte de discurrir ó hablar en todo género de asuntos, de orar, predicar, arguir, conversar, componer embajadas, cartas amorosas y recados, con chistes que previenen la faltas y ejemplos que muestran los aciertos,” *etcétera, etcétera*.— ¡Quién poseyera enciclopedia tan asombrosa!... Pero, nó, aquí es sazón, de exclamar con el Padre Isla:—“¿Habrán visto los moldes, en todos sus luengos días, paloteado de voces más necio, ni más estrafalario?...”

\*  
\*  
\*

La confusión, el menosprecio de las reglas del arte,

en suma, el anarquismo literario, son antecedentes atañedores á la secta modernista, la cual pretende invadir todo campo, destruir las reglas de la gramática, desconociendo que la perfección de una lengua tiene que constituir la acertada elección de los términos que la forman, teniendo presente el tiempo, las costumbres y el medio ambiente en que se vive. Los principios inmorales y disociadores de Nietzsche, llevados al extremo, y el *yo* dignificado en lo que tiene de más soberbio, repugnante y estéril, puesto que aislado y, por lo mismo, impotente. El *yo*, que no es, en suma, sino el egoísmo, que abraza las supremas crueldades de la vida. *El soberano individuo, el individuo sólo semejante á sí propio*, que no reconoce mayor, que no admite observación, porque se cree necia credulidad la suya!— infalible en sus opiniones. Atendidos los modernistas á esta afirmación de un maestro, que dice:— *Las formas nuevas son la expresión necesaria de las concepciones originales*— se han atrevido á ser novadores en la forma y en la idea, pero de una manera disparatada, extraña, casi absurda.

Cierto, que también el romanticismo representa una literatura personal, por la invasión del *yo*: como quiera que el poeta romántico trata sólo de imprimir su personalidad en cuanto escribe— como hacen los modernistas— menospreciando cuanto el clasicismo mantiene y exalta. Cierto, finalmente, que el romanticismo tuvo por lema proclamar el liberalismo en el arte, diciendo al hombre:— *Tienes derecho de pensar libremente*—; pero es hecho manifiesto que el siglo XIX agregó á este mandato lo siguiente:— *Tienes también derecho de amar libremente*—. Y este lema subsiste y cunde, y se explota y se lo dignifica por las sectas que después surgieron de aquellas escuelas. De aquí diremos con un escritor— “que la incertidumbre se ha hecho vértigo, la escisión dolorosa se ha tornado en disgregación atomística, las líneas paralelas del dilema hanse dislocado en *sis--zas* innumerables, entrecruzándose locamente hasta producir un laberinto sin salida”—. Bien puede traducirse todo aquélllo por *anarquismo intelectual*, sin concierto ni norte fijo.

El *egotismo* pretende erigir una nueva escuela, mitad literaria, mitad filosófica . . . — “ Como si uua vez más

se hubiera realizado el símbolo bíblico de la confusión de las lenguas— dice una voz autorizada— nos hallamos ante un anarquismo intelectual en el que las más irreductibles contradicciones bailan una ronda desenfrenada en derredor del absurdo, al parecer enseñoreado en la tierra.” -- No podía expresarse con mas verdad y energía el estado intelectual que se observa á los principios del siglo XX”. Con la manía de lo exótico alterna el abuso de lo arcaico y ambos coadyuban á la rareza de un paganismo alquitarado y sutil, á un paganismo *bulevardero*”--asienta el autor arriba citado. Con el verbalismo insulso y vacío que suelen emplear, se nos lleva á un laberinto de palabras que no entendemos, que los diccionarios no las traen, que nos dejan á obscuras y que, con soberana impaciencia, arrojamos el libro ó periódico que tales absurdos registra... ¿ No es ésto verdadero libertinaje, confusión, amaneramiento, en el campo de las letras, en el cual nadie se conoce ni se entiede? Delirantes osadías de energías internas que, desmandadas y en tropel, se escapan; fraseología huera, hojarasca, palabra de relumbrón. Hé aquí lo que nos presentan los de la escuela modernista, la cual, si bien se mira, no es otra cosa que el viejo culteralismo resucitado, “con toda las vejeces en el Josafat de la extravagancia; la caducidad, vuelta á la vida joven para pasar por innovadora”-- como expone Ferrari.

Inquiriendo lo que los modernistas escriben y publican, hallamos apenas verdades generales y sabidas, escasa materia poética y ausencia absoluta de belleza permanente. En sus obras, confunden el sentimiento de la naturaleza con la adoración del universo, y caen, inconscientemente, en una especie de panteísmo árido y desconsolador. De la mayor parte de los libros que de aquel género á nuestras manos han llegado, hemos conocido, después de leídos, que están incluidos en los conceptos que acabamos de enunciar (1).

[1] Entre los modernistas, priva el realismo exagerado de Zola, Flaubert, O' mon Roy y de otros escritores. Se complacen en *maskar* -- si así vale decirlo-- la realidad desnuda, las más veces, repugnante y sucia. De aquí el *dilettantismo* que se covecreta á ver todo bajo

Y no se nos tache de parciales por las opiniones que exponemos. Protestamos que no tenemos inquina contra autor ninguno, ni nos dejamos llevar por opiniones antojadizas, que nacen, únas, del cariño y ótras de la animadversión. A este propósito, recordamos lo que aconteció á la aparición del original libro *La Celestina*, al que, poeta distinguido de estos días, lo califica de *divino*. Fué el caso, que cuando asomó tan singular libro, la gente de letras, pagada de su saber, mirólo con soberano desdén, en tanto que el público lo recibió con alborozo, y tánto que, en corto lapso de tiempo agotáronse algunas ediciones, y llegó el caso— único quizá— de que aparecieron dos ediciones á la vez, sin que se haya podido saber cuál fuese la primera en asomar. Acaso se pregunte, cuál sería la causa de tan raro fenómeno; á lo que responderíamos, con persona autorizada, porque la multitud, “libre de la tiranía del yo, se mantiene sublimemente impersonal y desinteresada”. La multitud—agregamos—acoge, ensalza y guarda lo que es de su gusto; lo que refleja sus costumbres y le hace palpar el ambiente en que vive; finalmente, lo que la multitud guarda y repite, ha de perdurar en medio de las mutaciones á que toda obra literaria está sujeta. Cuando ésta despierta en los lectores ideas alzadas y sentimientos delicados, la producción literaria *habrá cumplido su deber*.

Pero, es únicamente el arte el que nos lleva á aquel feliz resultado. ¡El arte! él nos enseña á hacer bien lo que nos proponemos hacer. ¡No fué, por ventura, el arte hecho para el hombre, y no éste para aquél! Sólo el arte nos da á conocer lo bello y verdadero. Ya lo dijo Boileau, que únicamente lo verdadero es bello, y lo bello es amable:

*Rien n'est beau que le vrai, le vrai seul est aimable.*

Pero, no olvidemos que quien con exceso se aficiona al arte, ha de dar por fuerza en sensual, aunque sin dejar

---

el aspecto del placer y de la orgía. No hablamos del *decadentismo*, recta literaria tan pobre y tan desacreditada, que va cayendo ~~completo~~ desuso. Su misma denominación la perjudica.

de ser artista. El arte se halla del todo desligado de la naturaleza: nos enseña sólomente el mejor modo de comprenderla y de darla á conocer.

Ya, en otra ocasión, expresamos que, en poesía, no cabe mediocridad. La composición poética ha de ser excelente, ó baladí. Nuestra afirmación está apoyada en estos versos de Boileau:

*Dans cet art dangereux de rime et d'écrite,  
Il n'est pas de degrés au médiocre au pire.*

Y para alcanzar alguna perfección siquiera relativa— es indispensable estudiar en las mejores fuentes, antes de escribir versos, y ésto cuando uno se siente inspirado y escribe todo,

*Si notre astre en naissant nous a formés poètes.*

Insistimos en que el arte de escribir con propiedad no se posee sino mediante prolijo y largo estudio; pero, bien se nos alcanza, que habrá siempre quienes desdénen el estudio y los preceptos del arte, y que desprecien toda autoridad en materia de bien decir. A éstos, sólo ha de faltarles aceptar y repetir lo que, de muchos años atrás, vienen pregonando la ignorancia presuntuosa y el vulgo necio:

“Hablen ótros la lengua castellana,  
Que yo he de hablar la que me dé la gana.”

¿Qué nos queda que decir? Pues, nada, y que se haga según su buen querer. Ya el P. Gracián les indicó, que *doblar el desacierto, es doblar el concepto*. Quedamos entendidos.

## II

Vengamos á la segunda parte de nuestra tesis, y hablemos de la novela.

La *Reforma* y el *Renacimiento* traen elementos nuevos y más amplios horizontes que los conocidos hasta entonces, y empeñan y llevan el pensamiento humano y la labor intelectual por derroteros imprevistos. El Renacimiento, con sus dudas y extrañas teorías, predicando la igualdad entre los hombres, ejerce profunda influencia en la raza latina, haciendo vacilar las enseñanzas del Cristianismo, en tanto que la Reforma, con nuevos principios y nueva doctrina, agita y conmueve las razas germánica y sajona; agitación que, siglo tras siglo, ha ido acentuándose. El espíritu se emancipa, la mente emprende nuevos vuelos, llevada por auras de libertad; se crea un arte nuevo, ilimitado y libre, y la Revolución francesa urge y acabala la obra monumental ya comenzada por los enciclopedistas del siglo décimo octavo (1).

Francia y Alemania tienen ardientes corifeos de la nueva faz social que empezaba á cundir en las naciones europeas; pero los de España emularon á todos. Ahí está el español Luis Vives, el más prodigioso artífice del Renacimiento, que cristianizó la filosofía de su época, resenrida de paganismo. Vives fué como el centro de la intelectualidad europea y el precursor de la doctrina de Kant. Bien está que junto á Vives coloquemos á Foxo Morcillo, á Sánchez, á Gómez Pereira y á Isaac Cardoso, todos sabios y obreros infatigables de aquellos tiempos.

---

(1) "La grandeza y la santidad fueron los caracteres de la verdadera *Reforma* y del verdadero *Renacimiento*, efectuados por medio del irresistible movimiento de condensación, depuración y adelanto que se apoderó de todas las inteligencias y corazones en todas las esferas de la vida"—dice elocuentemente el Académico D. Alejandro Pidal y Mou.—

Las especulaciones idealistas no resisten á las frías investigaciones de la ciencia, que ha de buscar siempre causas determinadas para dar con efectos seguros y ciertos. Después -y ya en un período de calma- nace la novela moderna. Se descubren y discuten grandes problemas políticos y religiosos, y se presentan al análisis profundas y delicadas tesis, bajo el imperio del libre examen. Desde entonces -ha más de un siglo- la novela ha ido ganando en estimación y nombradía, y en los días que hemos alcanzado, absorbe la atención, no únicamente del público letrado, mas también del literato. ¿Y por qué tal incremento y preferencia? -se nos preguntará-. Diremos, porque la novela es el reflejo de las costumbres y tendencias de un pueblo; porque élla marca su estado de cultura ó de atraso.

En ninguna parte es tan clara y ostensible esta verdad, como en Inglaterra. El novelista inglés estudia las pasiones, pero únicamente como el médico estudia las enfermedades: para combatirlas y curarlas. El vicio nunca seducé, ni interesa: el lector ha de hallarle odioso y repugnante; en tanto que la virtud será siempre amable y atractiva. El amor no es soberano ni despótico, ni ímpetu desenfrenado que por todo atropella: éste ha de hallarse perfectamente subordinado al matrimonio y á la familia, á las graves obligaciones de esposo y de padre, en suma, al deber cumplido en el sosiego apacible del hogar de la familia. No así el novelista francés; éste ve en el amor -dice con verdad un escritor inglés- *las embriagueces y el púroxismo*; nosotros, ingleses, hallamos en aquel una alegría pura, un austero deber y una felicidad honesta y casta-. El mundo -ó mejor dicho la sociedad- es para el inglés una feria de vanidades -*vanity fair*- y un paraje en donde no reina la moral, ciertamente -*not a moral place certainly*- y en donde no hay contento; sino mucho ruido -*very noisy*.- De aquí que la novela inglesa casi siempre sea social y, á las veces, doméstica. Mantiene y desenvuelve en sus argumentos y tesis las grandes cuestiones de política, de moral y economía. El evolucionismo, que se ha apoderado del pensamiento y de la literatura, de medio siglo á esta parte, no ha podido desterrar, en Inglaterra, la sustancia inte-

lectual y moral del siglo de las grandes reformas sociales, de los problemas políticos y religiosos.

Por cuanto llevamos dicho de la novela inglesa, bien se alcanza que tiende al realismo, lo cual es innegable; pero es un realismo decente y mirado, que nunca desciende al naturalismo desnudo --á usanza de la moderna escuela francesa--. Veamos un caso.

Há pocos años, apareció en Londres un libro estimable, intitulado: *New woman* --mujer nueva. En él se trata de la situación respectiva del hombre y de la mujer, en la sociedad actual, y se pone en claro las injusticias de los esposos, sus exigencias temerarias y sus desvíos. Tiende, en cierta manera, al feminismo, que tanto huelga en los días corrientes. Hay escenas de trasportes amorosos y de locos entusiasmos, pero todo sobrio y de tal manera velado, y con tal nimio escrúpulo descrito que, apenas si se habla de un beso furtivo, y se pasa como sobre ascuas. El *deseo* no entra ni se manifiesta en las situaciones más apasionadas; cuando el héroe y la heroína, del libro que hemos nombrado, sostienen ardiente dueto de amor, sus trasportes se expresan por palabras platónicas, y el autor --no sabiendo qué hacer, ni qué decir-- cierra de trompón el capítulo, con estas palabras --*and then he kissed her*--. ¡Candorosa inglesa! dirán algunos de los autores de *New woman*, señaladamente si son franceses.

Pero lo que dejamos apuntado, acerca de la novela inglesa, no se debe tomar en un sentido absoluto. Hay también --en el Reino Unido-- escritores realistas y naturalistas, si bien en escaso número; pero, así y todo, en sus obras no se encuentran las desnudeces y licencias usadas por los novelistas franceses. Grand Allen --por ejemplo-- que escribe sobre este delicado tema: *sexual novel* --novela sexual-- y sus muchos imitadores, no llegan, en sus avances licenciosos, á la cuarta parte de los que topamos, cuando leemos á Zola, los Goncourt, Richépin, Maupassant y aun Bourget. *The middle class*, de George Gissing, es novela netamente realista, como lo son las de George Moore: una y otras han sido inspiradas por la escuela francesa de Flaubert, Tourgueniéff y Huysmans, en su primera época. Pero --lo repetimos--



hay en aquéllas cierta decencia y respeto á los lectores.

Todos sabemos que el novelista insigne de la Gran Bretaña, en el último siglo, fué Charles Dickens, como lo fué en la poesía, al promediar el propio siglo, el laureado poeta Alfred Tenyson. Dickens ha tenido imitadores, y los más distinguidos son Jorge Eliot, Wilkie Collins, Mrs. Gaskell y James Payn, que han alcanzado fama y el favor del público. Y no incluimos en esta nomenclatura, de propósito deliberado, á Jorge Meredith, porque su obra literaria es superior, quizá, á cuantas se escribieron en su tiempo. “--La humanidad que ha descrito en sus libros --dice un crítico francés hablando de Meredith-- es aclamada universalmente como verdadera, como lo fué en otro siglo la de Shakspeare.”

De las obras que lleva publicadas Meredith, citaremos, como las más excelentes, *Harry Richmond*, *The egoist*, *Rhoda Fleming* y *Diana of the Crossways*. La lectura de estos libros --algunos hemos leído-- dejan en el ánimo una impresión extraña, pero grata, y que no se olvida. Después de Meredith, bien se puede colocar á Williams Morris, quien ejercerá influencia saludable y eficaz --como lo afirma el escritor ruso Wizewa.

Cerramos esta enumeración de los distinguidos autores modernos ingleses, citando dos nombres, que no deben quedar en olvido, son, á saber: el de Thomas Hardy --uno de los autores más originales de nuestra época (1)-- y el de H. G. Wells, *visionario prodigioso de inagotable imaginación*, que pasea su mente por todos los ámbitos del universo, desde sus comienzos hasta los fines, en la sucesión de los siglos por venir. Este, en veces, es Edgard Poe, en ótras, Baudelaire y Verlaine; pero no tan extremo, como los nombrados, en los cuadros que presenta.

Como observación final, conviene á nuestro propósito hacer la siguiente:--Hay una clase numerosa de escritores ingleses de menor cuantía --*writers of fiction*--; meros fabricantes de novelas y leyendas cortas, que escriben en guirigay y á destajo, pero que privan á la cla-

(1) *Un des auteurs les plus orinaux de notre époque.* --Davray.

se medía. Esta obra baladí, aunque no celebridad, produce buena cantidad de libras esterlinas á quienes en élla se ocupan. Se calcula que la aparición mensual de estas novelas cortas —que los franceses llaman *brochure*— excede de ciento, en el Reino Unido.

\*  
\* \*

Por todo extremo excepcional y solemne fué el cuadro que presentaba Europa, á los comienzos del último siglo. Napoleón, con sus ejércitos victoriosos, paseábase triunfante por Prusia, Austria é Italia, y los reyes, cogidos de espanto, sentían vacilar sus tronos. Surgió entonces en Alemania —como llevamos dicho— la nueva escuela, cuyo jefe fué Goethe. Al viejo clasicismo, vinieron á reemplazar las exageraciones del nuevo romanticismo. Este *enorme poeta*, con su Werther, alcanzó á *somantizar* y *melancolizar* —si así vale decir— no sólo á Alemania, sino á Europa entera. Esas aspiraciones vagas é indeterminadas; anhelo de dichas desconocidas, quizá sospechadas; el desencanto de la vida, junto con deseos imposibles, sin nada que contuviese el vértigo de almas prematuramente marchitadas, fueron la manifestación de la enfermedad dominante: *el mal del siglo*, que cundió hasta en los claustros, donde fué conocida con el nombre de *acedia* (2).

La duda se enseñoreaba en aquellas almas adoloridas y fatigadas, y esta duda, repleta de hastío, pertinaz y estéril, vino á reemplazar á las creencias religiosas, á los contentos tranquilos de la familia, á los fecundos entusiasmos. Todo poeta era un ser doliente, un nuevo Tántalo, que lleva en sí *el tormento de lo infinito*, y que exagera amarguras inmensas y dolores acerbísimos. Reliquias de aquel mal se observan aún entre nosotros, y

(1) *Mal del siglo*. Así se dió en llamar, desde principios del siglo último pasado á cierta enfermedad, puramente imaginaria, que consistía en no hallar nada bueno en el mundo y en entregarse á la tristeza y á una inercia absoluta. Es indudable que la lectura de *Werther*, y de otros libros de este jaez, que aparecieron por entonces, fueron causa de aquel general malestar.

los casos frecuentes de suicidio, llevan alarmada á la sociedad.

Byron se presentó en escena, violento, soberbio y audaz, con su poesia incrédula, las más veces, y desesperante, casi siempre; con sus chocantes contradicciones entre creyente y escéptico, mezclando la plegaria á la blasfemia, la ternura al sarcasmo. Para escribir su *Manfredo* y su *Lara*, tuvo, sin duda, presente á *Werther*, bien así como lo tuvieron Chateaubriand, cuando produjo á René, y Senancour al escribir su *Oberman*.

Por lo que acabamos de exponer, fácil es conjeturar lo que sería la novela, en Europa, desde el primer tercio del siglo pasado: tenía que ser, por su mayor parte, si no naturalista, á lo menos netamente realista, de donde las producciones literarias de aquella época, adolezcan de sensualismo. Los cuentos, novelas y leyendas de entonces, no tienen otro fin que la idealización de la lujuria. Y tanto se extremó el abuso, hasta hacer decir, con indignada altivez, á un crítico de estos días lo siguiente: —*On eut pu croire que le beau sexe en France, n' était plus, á tous les échelons de la société, qu' un ramas de courtisanes, de ribaudes et de prostituées á rendre jalouse Messaline*—. Frases tremendas que no nos atrevemos á traducir.

Cierto, que acaso Balzac sobrepasó lo real, pero no extremó la licencia; lo cual estuvo reservado para Zola y sus adeptos. Este maestro declaró formalmente, que su gran hacinamiento literario, *representaba lo real con toda exactitud*. Con este ejemplo, pretenden hoy y se empeñan en hacer peor que lo real —*de faire pire que le réel*— dice un autor— y agrega, que en la moderna literatura francesa, apenas si hay una página en que no aparezca la palabra *desnudo*. Diríase que ciertos escritores se han dado cita para presentar los vicios y las pasiones en toda su repugnante desnudez; como si se hallasen convencidos de que, así como su vida se consume imaginando diversas abominaciones sexuales, así debe transcurrir la vida del mundo entero. Un escritor contemporáneo, M. Henry Davray —hablando de lo que constituye la novela francesa de estos tiempos, se expresa así—: “Hoy se exponen todas las indecencias que, en antes, han permanecido ocultas; hoy se echa mano de la psicología como recurso poderoso para disecar

el yo, para aniquilar el alma—." Hoy --agregamos-- para despertar interés en la muchedumbre de lectores, cogidos de eterno desencanto, cansados y hastiados de cuanto han visto y leído, para sacarles de la inercia de ánimo que les domina, se echa mano de lo más inmoral y grotesco que se halla en las bajas esferas sociales. El adulterio y la violación, el robo y las lícuras extra-conyugales; el divorcio y las pasiones ceniles, juegan papel principal en muchas novelas modernas. Se aprovecha de las aberraciones del instinto sensual, llevando la posibilidad á la exageración: como si los escritores que así proceden, se hallasen tocados de una obsesión diabólica... ¡Y hay público que justifica estas licencias, y que aplaude las horrras que del vicio se presentan!

Simpatía intelectual, blanda y recíproca atracción, cariño, ímpetu amoroso y noble, lleno de un esperar hermoso que ha de santificar el cielo; todo, todo ésto que dignifica al hombre, relegado al olvido, como pueriles devaneos, como cosas ya en desuso.... M. de Wyzewa declara, que *en Francia, más que en otras naciones, la novela está enferma*. De la primitiva escuela de que hemos hablado --la realista-- han provenído unas cuantas secciones literarias antagónicas, encerradas en estos términos: evolutivas y simbólicas, prerrafaelistas y decadentes. Todo entra en su arsenal literario; se discuten y analizan las más extrañas teorías, que tienden á una transformación social; se trae á juicio la religión, la moral y la política, para dar en tierra con lo más santo, honrado y útil que éllas encierran. Se tiene como norma y fin el instinto sensual, atropellando por cuanto es respetable. Laméntanse aquellos novadores del cansancio de vivir; personifican la nostalgia de pasados tiempos, y --como afirma Dounic-- se tiene en mucho, "la seducción enfermiza del ensueño, el desequilibrio de los nervios, el llamamiento exasperado de la sensualidad"

Pero nadie ha extremado tanto la licencia y el escándalo, como la tristemente célebre Madame Rachilde, de quien dice un crítico, que "es satánica flor de la decadencia; hechicera demodómana y mala como un pecado." Pues, bien, esta Rachilde escribió --entre otros libros-- úno, intitulado *Monsieur Venus*, el cual, según opinión de quienes lo han leído, presenta la creación

nés más raras y abominables, fruto de un cerebro ma lignamente femenino y peregrinamente infame. "Libro es éste --dice un crítico-- que se halla impregnado de una desconocida lujuria, en el cual juegan papel los demonios íncubo y súcubo, cuyo fondo no había sido sospechado en los manuales de los confesores, y que lleva en sí triple esencia de perversidad" (1).

Acaso la Rachilde leyó, antes de escribir sus abominables libros, *Las Blasfemias* de J. Richepin --el entusiasta aplaudidor de *Las mismas negras*-- y al poeta decadente Teodoro Hannon, y se propuso excederles en pintar cuadros de una obsenidad ni siquiera sospechada. Este Hannon es belga y vive en Bruselas; hay crítico que le califica de *gran poeta*. Ha seguido las huellas de Baudelaire. Aquél, con Paul Bonnetain, Bloy, Nizet, Case, O' Monroy y otros más, forman lo que se ha dado en llamar *la falange escandalosa*. Todos los nombrados pertenecen á la sécta decadente. (1)

### III

Vamos á rematar nuestro escrito con algo de lo que vemos y observamos --y que merece censura-- en la propia casa, esto es, en este terruño llamado Ecuador. Leemos á menudo periódicos y revistas literarias y, de tarde en tarde, algún libro que de producción nacional asoma. En ellos hallamos --ya que de propósito buscamos-- salvo honrosas expresiones, graves pecados contra la gramática y las reglas de bien decir. Apuntaremos unos pocos --por ser los más repetidos-- con el caritativo deseo de que haya enmienda, y sin

(1) Diez y nueve años contaba la Rachilde cuando escribió aquel libro, que lo hizo imprimir en Bruselas. La Autoridad belga prohibió la venta y circulación de libro tan infame, en todo el Reino.

(2) El decadentismo y el simbolismo --que casi son una misma y sola persona-- forman en Francia una legión, si bien poco numerosa. Para que se conozca á los *leaders* de estas flamantes escuelas, ponemos aquí sus nombres: Carlos Morica, Juan Moreas, Enrique de Régnier, Carlos Vignier, Adriano Remacle, Renato Ghi!, Remigio de Gourmont y Jorge Rødenback. Podríamos aumentar esta nómina con una veintena más.

intención, ni por asomos, de zaherir á nadie.

¿No habéis visto, señores que nos leéis, lucir en libros, folletos, --y señaladamente en los diarios-- la gran palabra *condolencia*. A quién se le muere un deudo, se le endilga la frasecilla: *presentámosle nuestra condolencia*. ¿De dónde y quién habrá importado la dicha palabra? El diccionario de la Academia de la lengua, no la trae, ni ha sido usada --que sepamos-- por autoridad alguna en materia de lenguaje. ¿Y qué diremos de *exquisitez* y *exquisiteces* --así, más simpático en plural-- con que toparamos á menudo en novísimos escritos literarios? Qué de *institutriz* y de otras barbaridades que terminan en *triz*?... El primero que empleó estos verbos: *obstaculizar*, *despotisar*, *empalidecer*, merece, por tal atentado, algunos años de purgatorio; algo menos el que introdujo los términos *banal*, *banalidad*, tomados del francés. *Ocuparse de*, por ocuparse en, leemos á menudo en publicaciones de dentro y fuera del país. Peor que lo último citado, es éso de *emprender en*. El vocablo atrevido ha escalado hasta cátedras universitarias, donde campa, quizá por la novedad...

No olvidemos estas valientes frases de nuestro egregio Montalvo: --"Escritores ignorantes, novelistas afrancesados, son nuestros enemigos. Nosotros nos afrontamos con ellos, y si no podemos llevárnoslos de calles, defendamos el campo palmo á palmo; ni hay impío de ellos á quien le sea concedido penetrar en el *sanctum sanctorum* de nuestro angélico idioma".-- Así, la barbarie literaria ha de ser censurada y condenada siempre y donde quiera. En nuestra rica lengua castellana, tenemos palabras propias para expresar lo que quieren que signifiquen las que dejamos apuntadas. ¿Es, por ventura, pobre nuestro idioma para tener que ir á mendigar al francés sus voces y términos? De ninguna manera. Basta considerar que el diccionario de la Academia francesa cuenta, apenas, 36, 625 vocablos definidos, en tanto que en el nuestro, sube la cifra á 59, 227, superando á aquél con cerca de 20, 000 voces. Lengua es la nuestra, abundante, sonora, fluida, en suma, *lengua para hablar con Dios*, y nada tenemos que pedir á los extraños. Por lo mismo, los escritores que

la pervierten, acusan ignorancia y trastorno en las ideas. —*Cuando un pueblo llega á no entenderse, y cada individuo se forja una lengua aparte, á ese pueblo se le llevan infaliblemente, y á todo andar, los demonios*—dice Menéndez y Pelayo, con su habitual elocuencia. Hay, pues, derecho de exigir á los escritores propiedad, corrección y hasta pureza impecable, en el uso de la lengua.

\*  
\* \* \*

“Nuestra literatura regional se resiente de ligera. . . No se estudia el proceso de la composición, no se labra el tema, ni se pule la forma”—nos dice con verdad uno de los maestros, quien es autoridad de primer orden en achaque de bellas letras (1). Este mismo escritor exclama, después de hacer el inventario de la labor literaria y científica de nuestra República:— “En cien años, cuán escasa labor la nuestra! y ésto que hay mucho que callar: que el patriotismo tiene su silencio, y casi siempre el silencio es una virtud. . . Cuántas horas y años muertos! . . . No se ha educado el gusto, ni se ha conseguido el color local, ni el ambiente propio” . . . (2)

De lo que acabamos de apuntar, proviene la manía de prodigar epítetos encomiásticos —cuando interviene el cariño— al autor de una obra, en veces, baladí, sin reparar que éllo merma, y aun destruye, la excelencia del sujeto ó de la producción. Desterremos, pues, el uso de la endátesis y acostumbémonos á la sobriedad, á la seriedad inglesas. De igual manera, la crí-

(1) Remigio Crespo Toral.

(2) Si los conceptos que hemos copiado fueron verdades—puesto que tristes—hasta hace pocos años, ótras serán las apreciaciones del esclarecido crítico, cuando, á vuelta de diez años, torne á hacer el inventario del adelanto científico y artístico de la Patria. . . Tenemos íntima convicción de que, lo que ésta adelante en el primer cuarto del siglo que corre, será, y con mucho, mayor y más fructuoso que cuanto se actuó en la centuria pasada. *Stein*—más que cualquier otro literato observador—sabe valorar el notable incremento que se nota, año tras año, en lo tocante á ciencias, literatura y bellas artes, señaladamente en la Capital, en Cuenca y Guayaquil.

lica míope, lleva idéntica tendencia: su oficio es abultar la incorrección, rebuscar ápices, desmenuzando la obra, y hallar defectos en todo, y ésto sin lógica, ni razón cabal, muchas veces, y —lo que es peor— sin miramiento alguno para con el desdichado autor; de suerte que, en último resultado, bien pueden verse juntas, por el procedimiento empleado, *la pluma lamigosa del ditirambo y el embotado puñal de la invectiva*— como nos lo dice un maestro— No hay enemigos más funestos del escritor, que el lisonjero que, aun lo censurable, exalta con inusitada alabanza, y el crítico que, sin reparo, anatematiza y condena cuanto cae bajo la jurisdicción de su censura mordaz é implacable.

Y los críticos del día— por la mayor parte— así proceden: que tanto es su atrevimiento, aunque carezcan de la facultad de juzgar obras de arte. ¿No podemos calificar su crítica, de crítica parcial y mentirosa, sin asomos de verdad, menos aún de genio? Los críticos á quienes lleva y urge la manía de censurar, *hincan sus dientes menudos en carne noble*. Y Rodó califica á aquélla, de *crítica de los desvanes y subsuelos*. A éste propósito, viénnense á la memoria, los graves conceptos del gran maestro de bien decir, que ya citamos, preferidas há poco tiempo. “ Hay un tipo de perfección artística — dice — al que deben sacrificarse los vicios de la propia personalidad, como hay un tipo de perfección moral al que deben sacrificarse las malas inclinaciones naturales”(1).

\*  
\* \*

Describir la verdad, tal cual es, con austeridad, con sus primores y atractivos, es y será siempre deber del escritor; por lo que, la novela naturalista, en los días que corren, no es, ni puede ser, obra completamente de arte: le faltan la belleza, la pulcritud y la decencia. En suma, las obras de arte no tendrán importancia si no transmiten á las sociedades buenas, le-

(1) M. Menéndez y Pelayo.



vantados sentimientos, que las mejoren, que las encaminen hacia el movimiento progresivo de la humanidad. Se afirma que el mundo moderno, en sus instituciones sociales, en creencias y en poesía, hállese en estado de crisis. Se dice aún más: que estamos asistiendo á los funerales de la poesía; pero no es nueva la afirmación: fué Ballange quién primero la expuso, hace más de un siglo. Nada tan aventurado como la dicha afirmación, señaladamente, concretándonos á nuestra jóven America latina, donde las ideas se van fundiendo en nuevas formas, ajenas á las antiguas, de servil imitación, y en donde la juventud, ávida de gloria intelectual, explota los ricos veneros de la filosofía, de la historia y de la poesía. Bien está que *cedamos al pasado lo que debe morir con él*; pero hagamos nuestro cuanto se elabora para el porvenir, cuanto ha de durar y vivificar el alma, bañada en la belleza, en la esperanza y el consuelo. El Arte es eterno en todas sus manifestaciones, y tiene de perdurar. Cierto, que estamos presenciando una crisis, — ya lo dijimos — pero toda crisis trae necesariamente progreso; en el aspecto en que quiera considerarse éste, habrá de hallárselo, en los derechos innatos del hombre y en su justicia inmanente. Hay renovación, ideas nuevas, advenimientos de desusados derroteros, de audaces energías, acaso todo en bien del Arte...

\*  
\* \*

Aquí — país que es un inmenso y variado jardín — se vive sosegadamente, dichosamente; se cree en Dios y se ama á la Patria; se gusta de celebrar los atractivos del campo y los tiernos afectos de la familia. Que á nuestros poetas les cautive el loor del heno, y que expandan la mirada por los anchos campos de espigas doradas. Ya hemos leído, complacidos, una hermosa producción de este linaje (1). Queremos, además, para nuestros vates jóvenes, otros argumentos en que

---

(1) *Frumental*—Luis Cordero Dávila.

ejerciten su genio. Ninguna escuela literaria —de las que tál pueden llamarse— es peligrosa para nuestras ideas y anhelos. Si les inspiran y embelesan los campos cultivados y las mieses ya en sazón, también alienten y levanten, en sus cantos, al campesino y al artesano de la ciudad, que se encorban al peso del rudo trabajo cotidiano; consuelen la pobreza honrada y paciente; enseñen el amor á lo bueno y á lo bello —únicas fuentes de verdadera poesía—. Sean sembradores de nuevos, fecundos gérmenes; ocupen seriamente los años del vivir en labor proficua y constante, como si la existencia fuese harto dilatada: como si élla tuviese que acabar pronto. . . No olviden, finalmente, que, como legatarios del pasado, es grande su responsabilidad: el patrimonio recibido hay que dejarlo con creces á los que vienen después. Esta es la consigna, este es el deber. Sean cantores inspirados, genuinos y honrados que canten el amor y la rica naturaleza ecuatoriana, el trabajo y los adelantos de la ciencia, dejando ya trillados y estrechos campos. Haya, en su poesía, intensidad artística, y sea fresca, sana y deleitosa, sin divagaciones ni sutilezas, sin sensiblerías ni sombras. Que, enamorados de la belleza, sea su factura levantada y poética, hermosa y nueva, en cuanto cabe; sea, en fin, como una protesta contra quienes claman que el siglo ya no es para la poesía. . . Ya lo tenemos dicho: ésta no ha de morir, no puede morir. . . Cuando venga el fracaso universal; qué arruine y acabe cuanto existe: élla subirá, trasformada en angélicas armonías, á la otra Patria, donde residen el gozo y la felicidad que perduran.

---